

Saba



Rabindranath Tagore

Ilustraciones
Geraldine Gillmore

Planeta  Sostenible

Saba

Rabindranath Tagore

Adaptación de Juan Francisco Bascuñán Muñoz

1ª edición, marzo de 2015

© 2015 Planeta Sostenible Ediciones EIRL

Diseño e ilustraciones: Geraldine Gillmore Landon

Introducción: Juan Francisco Bascuñán Muñoz

Apoyo en diseño y diagramación: Sandra Conejeros Fuentes

Corrección de texto: Alma Herrera Zeppelin

Asesoría didáctica: Cristina Ortega Figueroa

Edición al cuidado de: Juan Francisco Bascuñán Muñoz

Impreso en Chile, en los talleres de Láser Impresores

Registro de Propiedad Intelectual: 249848

ISBN: 978-956-8937-21-8

www.planetasostenible.cl

Saba

Rabindranath Tagore

Adaptación
Juan Francisco Bascuñán Muñoz

Ilustraciones
Geraldine Gillmore

Planeta  Sostenible



Prólogo



Rabindranath Tagore es uno de los más grandes hijos de la India.

Nació el 7 de mayo de 1861 en una de las familias más influyentes de la época. Fue el decimocuarto hijo. Todos sus hermanos poseían grandes habilidades artísticas, por lo que desde pequeño se desarrolló en un ambiente familiar exuberante de actividad musical, literaria y teatral.

A los 17 años, el joven Rabindranath viajó a Londres para estudiar leyes. Estuvo muy interesado por la cultura occidental, sin embargo, luego de un año y medio volvió a la India, seguramente bajo la comprensión de que la naturaleza humana es quizás la misma en todas partes.

A su regreso empieza a componer música y a publicar sus primeros poemas. En poco tiempo desarrollará la prosa, la crítica, escribirá obras teatrales y novelas.

En 1882 experimenta una experiencia mística que marcará su vida, la describe como una suerte de visión espiritual que le permitió entender la unidad de todo lo existente y verse a sí mismo como parte integrante de esta unidad.

Sus diversas obras dan cuenta de la admiración profunda que tiene por la belleza del universo, por los niños y por la búsqueda sin cesar de la armonía. Su música y textos están llenos de amor, esperanza, comunión y humanidad. En su trabajo, todo pareciera manifestar el deseo creciente de fusionar lo individual con el todo universal.

En 1913 obtiene el Premio Nobel de Literatura, siendo el primer asiático en ganarlo. Parte del dinero obtenido lo destina a apoyar su escuela en Santiniketan (la “casa de la paz”).

Tagore creía en una educación total y holística en donde la razón y la lógica ocupaba un papel tan importante como el arte, la fuerza interior, la creencia en uno mismo y el conocimiento intuitivo.

En su proyecto educativo, los niños desarrollaban tres niveles de relación con la naturaleza.

A niveles más elementales aprendían a usar el entorno para vivir (labrar la tierra, construir una casa, tejer la ropa).

En un segundo nivel, aprendían a conseguir conocimiento de su entorno. Debían buscar las normas y correlaciones naturales para llegar a conclusiones. Tenían que buscar la unidad en un mundo de diversidad.

El tercer nivel y más alto lo llamaba “Prema”. Allí, a través del amor, el individuo pierde su identidad y se convierte en uno con el mundo.

Precisamente en este nivel se desenvuelve la vida de Saba, la protagonista del cuento que se presenta en este libro. Ella es muda de nacimiento, sin embargo, la nobleza de su espíritu la hace trascender esta diferencia y comunicarse con sus seres amados.

De alguna manera, Saba trasciende su identidad y se une por completo con el mundo y en ese nivel, que va más allá de la palabra hablada, puede comunicarse con los animales, las montañas y los ríos.

Tagore pensaba que el lenguaje era un puente, pero a la vez un obstáculo: “Si queremos expresar hablando nuestras emociones, la palabra viene con torpeza. Sin embargo, unos ojos profundos, no necesitan traducción alguna: el espíritu mismo esparce su luz sobre ellos”.

En la última parte de su vida, Tagore se dedicó a la pintura y criticó su propio trabajo literario y poético por no ser universal en la expresión. Decía que su pintura había casi superado las barreras del lenguaje y lo había ayudado a resolver de alguna manera esa “nostalgia de todo el mundo” que sentía.

Rabindranath Tagore da su última conferencia en 1941, durante el apogeo de la segunda guerra mundial. El 25 de julio de ese año cae gravemente enfermo y muere el 7 de agosto a los ochenta años.

Saba

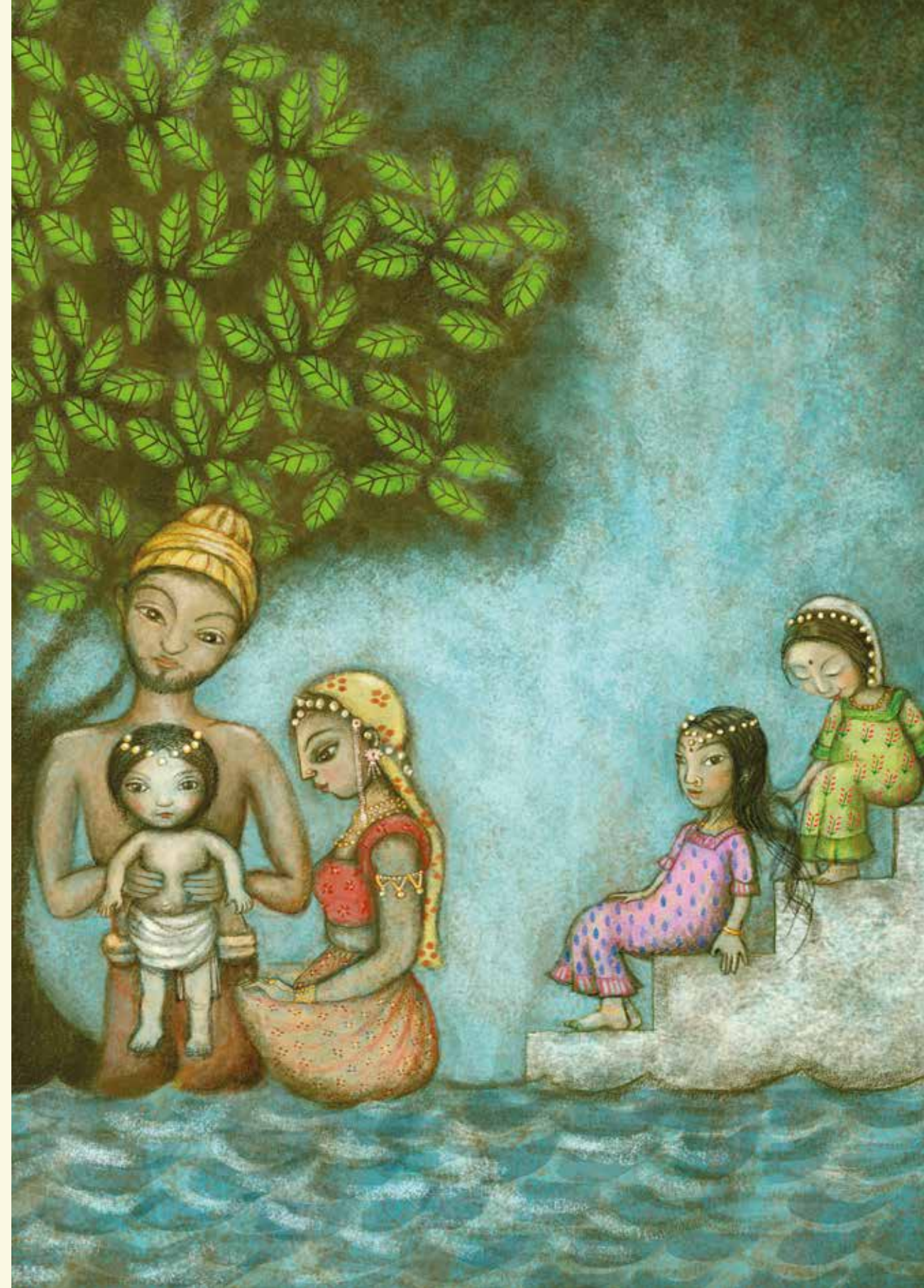


Juan Francisco Bascuñán Muñoz

¿Quién se iba a imaginar que cuando se le bautizó a la niña con el nombre de Sabashini o de “dulce hablar”, iba a ser muda?

Sus dos hermanas mayores se llamaban Sakeshini, la “de suaves cabellos” y Sajashini, la “de blanca sonrisa” y el padre, para igualarlas en esto, llamó a la niña menor Sabashini.

Para abreviar, le decía solamente Saba.



Desde muy pequeña,
Saba se había dado cuenta
de que era una carga
silenciosa en el corazón
de sus padres y solía quedarse
apartada de los demás.

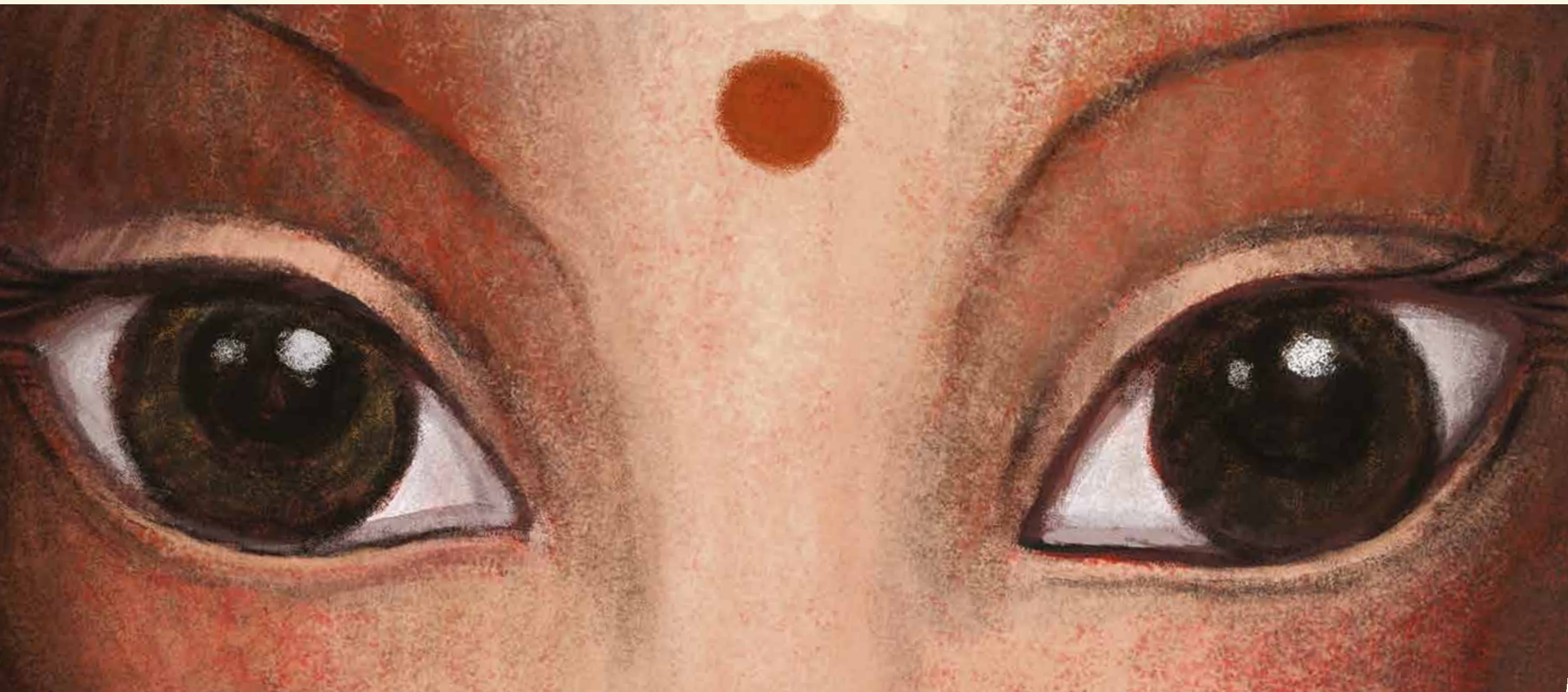
Con que todos hubieran
podido olvidarla,
ella estaría en paz.

Pero el dolor,
¿quién puede olvidarlo?



A Saba le faltaría el habla, pero
no un par de ojazos oscuros,
sombreados de largas pestañas.
Poseía también unos labios que
le temblaban como una hojilla al
menor sentimiento de su alma.

Si queremos expresar hablando
nuestras emociones, la palabra
viene con torpeza.
Sin embargo, unos ojos
profundos, no necesitan
traducción alguna: el espíritu
mismo esparce su luz sobre ellos.



Las personas que no tienen
el don de hablar,
poseen una grandeza solitaria,
igual que la naturaleza.

Por eso los demás
temían a Saba y no querían
jugar con ella.

Silenciosa era y sin compañero,
como el mediodía.





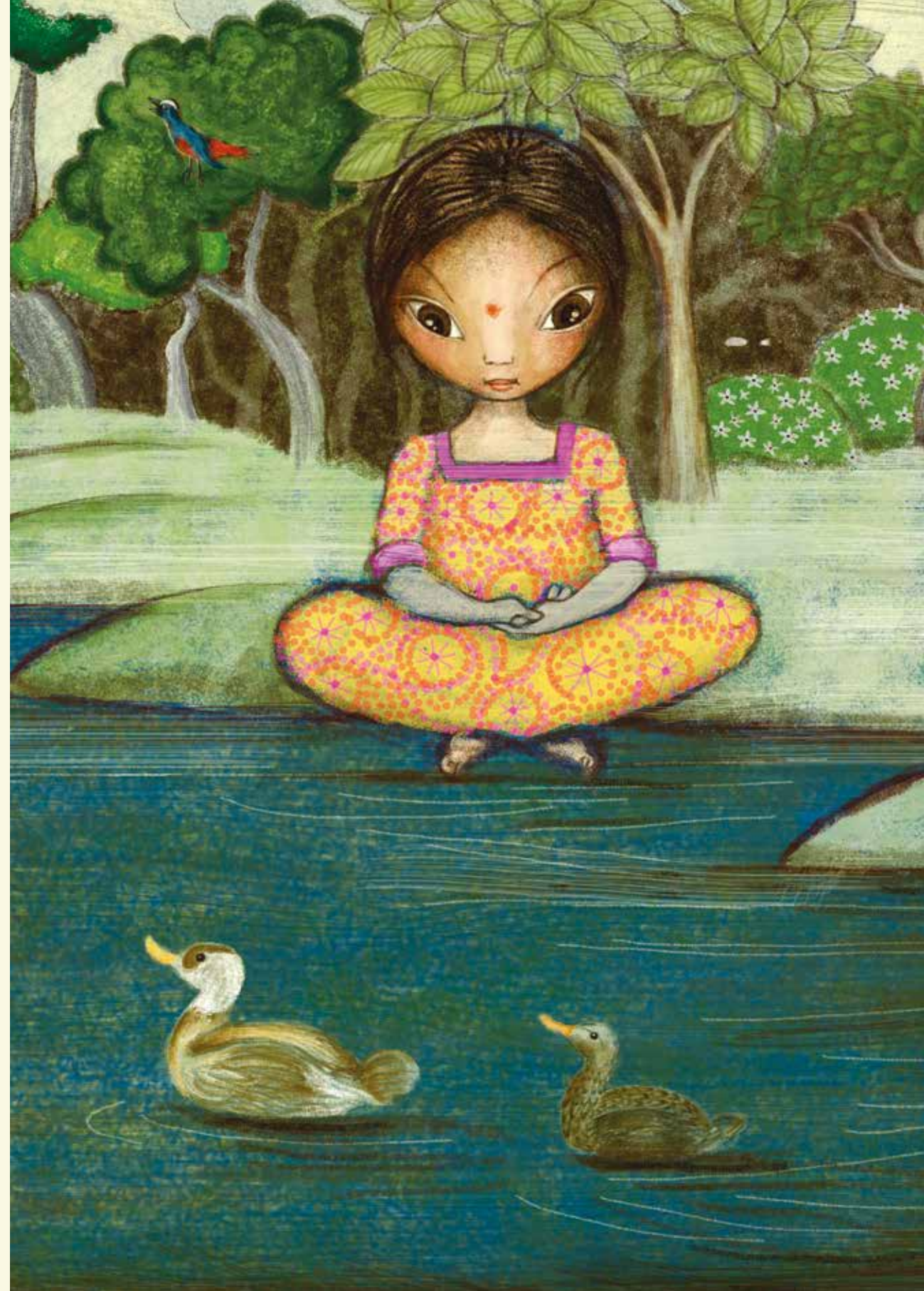
El pueblecito donde vivía Saba, se llamaba Chandipur. Cerca pasaba un río que a pesar de su atareada corriente nunca se salía de su cauce. Iba atendiendo sus deberes como si fuera un miembro más de las familias ribereñas.

Tenía, a un lado y otro, tierras y casas sombreadas de árboles; y así, bajando de su trono real, la diosa del río se transformaba en deidad jardinera de los hogares y olvidada de sí misma, llevaba a cabo su tarea, de indecible bendición, con paso ligero y alegre.

Una vez que terminaba sus quehaceres, Saba solía ir a sentarse a la orilla del río, donde la naturaleza compensaba su mudez hablando por ella.

El murmullo del agua, las canciones de los barqueros y el trinar de los pájaros se fundían y eran temblor de su corazón, una sola y vasta ola de sonos que rompían sobre su alma inquieta.

Todo este lenguaje y movimiento de la naturaleza eran las palabras de Saba; y el hablar de los ojos oscuros de la niña, sombreados por largas pestañas, eran la lengua del mundo de alrededor.





Pero la niña no dejaba
de tener amigos.
En el establo había dos vacas,
Sarbbashi y Panguli,
que aunque nunca habían oído
sus nombres de labios de Saba,
la conocían por las pisadas.
Ella, aunque no hablara,
hacía unos ruidos cariñosos,
cuyo sonar suave comprendían
las vacas más claramente
que todas las palabras.

También entre los animales superiores, Saba tenía un compañero y era difícil precisar la relación entre los dos, porque él podía hablar y su don de la palabra los dejaba sin idioma común.

Se llamaba Pratap, un muchacho holgazán, cuyos padres, después de muchos sacrificios, habían perdido la esperanza de que pudiera ganarse la vida.

